

en la cumbre del Calvario, nos abrazamos de una vez para siempre con la cruz del Redentor, si la ponemos sobre nuestros hombros y, mejor aún, si la llevamos en el corazón? Para alcanzar esta gracia, no perdamos de vista á la piadosa Madre, anegada pero jamás hundida en la borrasca: digámosle con todas las veras del alma: «Contigo quiero estar en pie junto á la cruz, quiero asociarme á tí en el llanto.... Haz que, al partir de este valle de dolores, sea mi alma admitida á la gloria del paraíso.»¹ Así sea.

SERMÓN DE LA SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA

(predicado en la iglesia de la Veracruz, Bogotá, 1896)

Misterioso dolor de la Soledad de María, reflejado en la vida cristiana.

Quomodo sedet sola civitas...?

Thren. I, 1.

1. ¡Imponente espectáculo el de la tumba, donde el silencio, cual genio misterioso, reposa, plegadas sus alas, en actitud de guardar los sagrados despojos de la humanidad vencida! ¡Lastimero espectáculo, el del hogar vacío, saqueado por la muerte, donde una madre viuda ó huérfana contempla, en el asombro de su dolor, la magnitud de su pérdida y la inmensidad de su infortunio! Á la vista tenéis, amados fieles, una tumba y una madre huérfana; pero ¡qué madre, y qué tumba! La madre es la inmaculada, la incomparable María, la

¹ Sequentia Missæ septem dolorum B. M. V.

más grande en el dolor, como la más eminente en gracia y dignidad: la tumba es la que guarda los despojos del Dios-Hombre, sacrificado en afrentoso patíbulo para la redención del mundo criminal. Ante este féretro ¿quién no se postra reverente? Delante de la Virgen solitaria ¿quién no inclina la cabeza agobiada de dolor? ¡Oh! ¡qué tiernos y sagrados afectos despierta en el corazón que sabe recogerse dentro de sí mismo, en verdadero espíritu de cristiana piedad, la vista de este religioso aparato, complementario del que la Iglesia ha desplegado á la vista de sus hijos durante los días de la Semana Mayor! ¡Pluguiese á Dios que todos cuantos aquí nos agolpamos para dar culto á la Virgen Santísima en el misterio de su *Soledad*, nos hallásemos vivamente penetrados de aquellos sentimientos que reclama tan devota, grave y piadosa ceremonia! ¡Oh! si así fuera, nada tendría esta función de vano y casi profano espectáculo, siendo lo que debe ser, una hermosa reunión de fieles, que con el corazón traspasado de dolor y la consternación pintada en el semblante, vienen á pagar á María este último tributo de amor, dándole el más sentido y doloroso pésame por la muerte del Hijo queridísimo; sería una verdadera explosión de religiosidad, bendecida por Dios con toques de contrición y gracias de conversión sincera. Pidamos fervorosamente á Dios, por intercesión de la misma Señora, que, recogidos en profunda contemplación nuestros espíritus, podamos entender algo del hondo misterio del dolor de María en medio de su Soledad, no sólo para admirar la alteza y dignidad de ese dolor, sino también para conocer la naturaleza de la vida cristiana y conducir, según ella, nuestros pasos por la senda de la santificación. *Ave María.*

I.

2. He llamado misterioso al dolor de María Santísima en aquella terrible agonía de su orfandad, que sucedió á la sepultura de su adorado Jesús y precedió al día glorioso de la resurrección. Pero ¿qué hay, me diréis, de incomprendible y obscuro en un dolor tan natural y que, aún humanamente, se explica mejor que cualquier otro de los dolores que experimentó la Madre afligidísima en todo el discurso de la pasión de su Hijo? En efecto; ¿quién no sabe que el dolor aguza sus filos y atraviesa de parte á parte el corazón, sobre todo el corazón de una madre, cuando la segur espantosa de la muerte acaba por separar con fatal golpe el alma del cuerpo, resolviendo en polvo y sombra la existencia del ser idolatrado? ¡Oh! ¡el dolor causado por la muerte, por aquel adiós de eterna despedida, pronunciado con apagada voz y torpe labio al borde del abismo de la eternidad, es el dolor supremo del que sobrevive, es la última gota que hace rebosar la copa del acíbar, es la muerte misma enseñoreada del corazón, el cual ya no vivirá propiamente, sino que arrastrará lánguidamente una existencia precaria y miserable, una especie de agonía prolongada, como la media luz del crepúsculo hasta extinguirse enteramente, ahogada por las sombras de la eterna noche. ¡Oh dolor mortal, más agudo que puñal acerado y penetrante! Y ¿cómo no habías de herir y lastimar horriblemente el pecho de la más amante y tierna de las madres? ¿Cómo no habías de dejarla exánime allí mismo junto al sepulcro donde quedaban encerrados bajo enorme y fría losa los dulcísimos despojos del amado Hijo? Y ¿cómo no habías de abrumarla con tu peso, cuando, vuelta ya de su primer asombro y recogida en su retrete, se viese, aunque rodeada de los suyos, presa del

más horrible desamparo en que se vió criatura, solitaria y azotada por las olas del pesar, como la roca aislada en medio del océano? ¡Ah! comprendo bien, hermanos míos, que os parezca natural fenómeno y verdad clarísima la amargura del pesar de María en aquel vacío inmenso hecho en torno de ella por la desaparición de Jesús, depositado en el sepulcro de José de Arimatea. Eso no obstante, hay un misterio en ese dolor; que, si así no fuera, no sería tan grande y de precio tan subido. Su explicación debe interesarnos grandemente.

3. En efecto, no sólo es misterioso en cuanto á su misma grandeza, que excede á todo cálculo, haciéndolo superior á nuestra capacidad y, de consiguiente, incomprendible; eslo también por las circunstancias excepcionales de aquella muerte, y personales del alma de María, por razón de las cuales parecía que el dolor no debiese caber en ella, ó, por lo menos, no se cebase en ella tan cruelmente como por otra parte sabemos que lo hizo. ¿Cuáles eran esas circunstancias? Por una parte, la certidumbre de la próxima resurrección de Jesús; por otra, la firmeza de la esperanza de María, apoyada en su fe no quebrantada por el furor de la tormenta en que naufragó la fe de los demás. San Bernardo ha planteado este misterio en los siguientes términos: «¿Por ventura no esperaba la Virgen que Jesús había de resucitar al día tercero? Ciertamente y con toda la firmeza de la fe. Entonces ¿cómo pudo sentir dolor? ¡Oh! y muy vehemente», responde el mismo Padre¹, sirviéndonos de guía para hallar la deseada solución. Oigámosle. «¿Por qué te admira más, dice el santo, la compasión de María que la pasión de Jesús? Éste pudo

¹ Ex serm. de 12 stellis, apud Brev.

morir corporalmente por efecto de su caridad infinita; y aquella ¿no podría morir en el corazón por efecto de una caridad muy semejante á la de Cristo?» Aquí tenéis, fieles, descifrado el misterio en dos palabras: la realidad de la muerte de Jesús y la ardentísima caridad de María. Detengamos aquí por un momento la consideración.

4. La fe de la Virgen fidelísima, inalterable en medio de aquella prueba que fué, según anuncio del mismo Salvador á sus discípulos, piedra de escándalo para todos ellos¹, no modificó en lo más mínimo, ni menos podía alterar la naturaleza de su dolor. Éste era, como hemos visto, de compasión; era la pasión del Hijo reflejada fielmente en el corazón de la Madre: sí, tan fielmente como el sonido se refleja y reproduce en el eco, como el rayo de luz en la superficie que lo devuelve exactamente. Había, pues, en este dolor esencialmente compasivo, una ley de fidelidad que la otra fidelidad á la palabra de Dios no podía derogar. Creía ciertísimamente, sabía la Virgen que su Hijo, realmente muerto y encerrado en el sepulcro, al rayar del tercer día cumpliría su promesa desatándose, nuevo Sanson, por virtud propia, de las fuertes ligaduras con que le atara la muerte, triunfando de ésta y de sus enemigos que morderían el polvo de rabia ante el hecho innegable de la resurrección. Pero esta ciencia, por más cierta que en sí fuese, ¿impedía por ventura la realidad de los tormentos y muerte de Jesús? Luego tampoco alcanzaba á mitigar la vehemencia de la compasión de María. Y puesto que, como dejamos observado, el dolor de la Virgen no era más que el reflejo fidelísimo del dolor de Jesucristo, así como este Señor había muerto,

¹ Matth. 26, 31.

así también María debía expirar de compasión. *Iste mori corpore potuit, illa commori corde non potuit?*¹ ¡Ah! cristianos, la muerte de Jesús, aquel total eclipse del sol divino no podía dejar de reflejarse en el terso lago del corazón de la Madre, la cual expiraba de dolor ó, por mejor decir, estaba ya exánime y sin vida, aunque milagrosamente se sostenía aún en pie aquel delicadísimo organismo. Sí, María había muerto, según discurre el mismo Padre San Bernardo, puesto que su alma estaba, más que con su propio cuerpo, con el cuerpo inanimado de Jesús, del cual no le era posible arrancarse, aunque físicamente estuviese distante. *Tua anima plane inde nequibat avelli*².

5. Entre tanto el alma del Salvador, habiendo descendido al limbo para llevar consigo aquella rica presa del campo enemigo, andaba muy lejos del cuerpo sacrosanto, abandonado en la cueva sepulcral: *Ipsius anima iam ibi non erat*³. El alma de María, que velaba dentro de aquel sagrario, inseparable custodio del riquísimo tesoro, contemplaba de hito en hito aquel cuerpo inanimado: veía que no estaba allí, sino muy lejos, el alma de Jesús; y éste era, si podéis comprenderlo, el dardo más agudo que traspasaba aquel endiosado corazón. ¿Alcanzáis á penetrar, almas cristianas, hasta dónde llegó aquel dolor de la Virgen, causado por la ausencia del alma de Jesús que se ha alejado de la tierra? ¿No era esta cruel ausencia la que despedazaba el corazón de la Esposa de los Cantares, cuando decía: *Busque al amado de mi alma, y no lo he encontrado?*⁴ La tierra misma, si hubiese podido comprender que aquel Jesús, que durante treinta y tres años la había honrado

¹ S. Bern. l. c.

² Ibid.

³ Ibid.

⁴ Cant. 3, 1.

con su divina presencia, que la había enriquecido y ennoblecido con su sangre copiosamente derramada, había ya partido á regiones muy lejanas: *no estaba ya en el mundo*¹, la tierra, huérfana de Jesús, ¿no se habría estremecido y sacudido toda de dolor? ¡Oh! si entenderíamos nosotros, tan ciegos para lo divino como lince para lo sensible, lo que es la ausencia de Dios, no digo ya la ausencia eterna, sino aun la momentánea, ¿cómo nos explicaríamos perfectamente la acerbidad de la pesadumbre de María, privada por algunas horas de la asistencia personal de Jesús! Bien sabía ella que esta privación debía ser muy breve á nuestro entender, pues Él volvería á verla, en cuerpo ya glorioso é inmortal, al despuntar el día tercero; pero ¡ah! que no por eso era menos cierta ni menos intolerable para la amantísima Señora la ausencia de su amado; y aun el plazo, para nosotros tan corto, de tres días, ¿no era eterno para quien ardía en tanto fuego? ¡Desventurados de nosotros que, apegado el corazón á las criaturas y satisfechos con la posesión de este vilísimo caudal, no sentimos la menor tristeza, aunque, por culpa nuestra, vivamos días y años enteros privados de la presencia espiritual é íntima de Dios, muerto en nuestro corazón! No así el Profeta Rey, el piadosísimo David, á quien arrancaba lágrimas día y noche aquella tristísima pregunta: *¿Dónde está tu Dios?*² Y, al sentirse lejos de Él, aunque mal de su grado, pareciale que el alma se le derretía de dolor. ¡Pobres pecadores! para quienes nada significa la ausencia de Jesús, y ¿cómo seréis capaces de sondear el misterio del dolor de María en

¹ Io. 16, 28.—Abscessus est de terra viventium (Is. 53, 8).

² Ps. 41, 3.

aquellas para ella larguísimas horas de apartamiento de su Hijo ausente de la tierra?

6. ¿Sabéis quién podría rastrear algo de esa dura pena? Pues aquel que llegara á formarse alguna idea de la caridad de la Virgen, caridad que, como dice San Bernardo, sólo fué inferior á la del mismo Jesucristo, y, fuera de ésta, no tuvo semejante¹. Porque, si la caridad de Jesús le hizo accesible á los tiros de la muerte, la caridad de María hízola agonizar con muerte lenta, hízola morir viviendo, ya que, como se ha dicho con aguda expresión, «el dolor prolongado es una agonía sin muerte». Un misterio dará luz á otro misterio. Jesús era impasible, así por razón de su naturaleza divina, como por la unión hipostática de la humana con la Persona del Verbo; y, eso no obstante, padece y muere. ¿Quién hace este prodigio de tornar mortal y pasible al Inmortal? *Fecit illud charitas...* responde San Bernardo: «Hízolo la fuerza del amor.» ¿No es este amor más fuerte y poderoso que la misma muerte? Él podía, pues, dominarla á su albedrío, mandándola llegar ó retirarse. Quiso el amantísimo Hijo dar su vida para glorificar al Padre Eterno; quiso el amorosísimo Pastor inmolarsé por arrancar de las garras del lobo infernal á sus ovejas²; y la muerte, obediente á la voluntad del que venía á vencerla y destruirla muriendo³, acudió á descargar el fatal golpe y desató el alma del cuerpo, aunque no para siempre, pues no tenía permiso para tanto. No fué parte la visión beatífica con que Jesús veía claramente á Dios, como comprensor, al mismo tiempo que viador, ni aquellos goces inefables

¹ S. Bern. l. c.

² Io. 10, 15.

³ Mortem nostram moriendo destruxit (Eccl.).

de que estaba sin cesar inundada su alma, para estorbarle sentir el aguijón del dolor, físico y hasta moral; ni lo fué tampoco para que, entre agonías y horrendo desamparo, no lanzase el último suspiro y rindiese el espíritu, doblando antes la cabeza en señal de la voluntad con que aceptaba la muerte. Hay en esto un misterio ¿quién lo duda? y su obscuridad difícilmente puede ser desvanecida por nuestra pobre inteligencia; pero es el misterio de la caridad de Dios, y esto basta para que le aceptemos sin vacilación. Y ya lo hemos dicho: el misterio de la muerte corporal de Jesús ilumina el otro misterio de la muerte del corazón de María, porque nos deja ver también aquí la fuerza del amor que triunfa segunda vez de la muerte, no alejándola sino atrayéndola, lo cual no es menos admirable. María, aunque viviendo por la fe, muere interiormente por el amor del Hijo y de los que Jesús ha aceptado por hermanos y le ha dado por hijos adoptivos. María está allí, en su retiro del Cenáculo; y, aunque acompañada de las piadosas mujeres que la siguieron al Calvario y al Huerto, permanece abismada en soledad mortal, víctima del amor de un Hijo Dios, á quien amaba con amor de Unigénito¹. ¡Oh soledad más terrible que la misma muerte! Aquí es el caso de exclamar con el Profeta de las ruinas de Jerusalén: *¡Ay! ¿cómo yace solitaria la ciudad antes atestada de pueblo!*² ¿Quién podrá pintar, hermanos míos, la amargura de aquella soledad de María? Porque esta soledad no es, no, como la nuestra, relativa á una persona de valor meramente humano, por más que el amor lo exagere: soledad de un padre, de un hijo carnal, de un amigo,

¹ Quem unice diligebat (Eccl.).

² Thren. 1, 1.

de un hermano ... es soledad absoluta, porque es soledad y vacío de Dios! Semejante al que Jesús moribundo experimentó en la cruz, que le hizo lanzar aquel lamento: *¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has desamparado?*¹, el desamparo en que se encuentra la desolada Madre hácela decir mil veces entre tristísimos sollozos: «¡Hijo mío y Dios mío! ¿por qué me has dejado sola? ¿por qué no me has llevado contigo?» Nosotros no alcanzamos á vislumbrar siquiera la intensidad de este dolor, por el hecho mismo de no saber qué cosa es la amargura de esta soledad. Podemos estar realmente solos, sin Dios, sin Jesús; pero, como no le amamos sobre todos los bienes y contentamientos que suelen darnos las criaturas, ¿cómo hemos de sentir nuestra soledad, no faltando nunca, en derredor nuestro, más ó menos abundantes los consuelos humanos? Á María ninguna criatura podía consolar, porque el amor de Jesús llenaba completamente los senos de su corazón, de suerte que, faltando Él, faltábale todo, absolutamente todo, haciéndose en su alma un vacío inmenso como Dios, imposible de llenar....²

7. De esta manera la caridad, como debía suceder, triunfaba de la fe, estorbando su efecto sensible. «Mi peso, dice San Agustín, es mi amor»; y el peso del amor de María produjo aquel pesar que le abrumó con su peso. *Donde está tu tesoro, allí está tu corazón*³. Por eso el corazón de la desolada Virgen está acompañando al alma de Jesús por las regiones del limbo, y el cuerpo exánime que yace encerrado en el sepulcro.

¹ Marc. 15, 34.

² Non est qui consoletur eam (Thren. 2, 2).

³ Matth. 6, 21.

¡Qué imagen tan expresiva del corazón de María nos ofrece el Sagrado Cuerpo de Jesús! Él también está solo, desamparado del alma que le daba movimiento y vida: así María se halla sola sin el alma de Jesús. La rigidez que se ha apoderado de sus miembros, representa el estado de María como muerta, descolorida y desencajada por la violencia del dolor. El silencio gira en torno del sepulcro y del Cenáculo. Pero ahí está la Divinidad unida inseparablemente al cuerpo, como al alma del Señor, preservándole de la corrupción del sepulcro, embalsamándole mejor que los suavísimos unguentos con que le ungieron José y Nicodemos, preparándole, en fin, para la nueva vida de resurrección y gloria. Así también la fe sostiene el alma de María, robusteciéndola en medio de tan cruel martirio, aunque sin mitigar por eso la vehemencia de sus penas.

II.

8. Ensayemos ahora profundizar otro misterio, el del dolor de nuestra mortal vida, aligerado y acrisolado al mismo tiempo por la dulce influencia de la fe cristiana y de la caridad. También nosotros andamos entre sombras, como dice el Príncipe de los apóstoles¹, puesto caso que en el fondo de nuestra existencia terrestre, prelude de la eterna, se encuentran misteriosamente mezclados el dolor con el placer, la tristeza y la esperanza; y nuestras lágrimas, ora corren empujadas por el pesar que nos desgarrar el corazón, ora saltan del manantial de júbilo que nos inunda. Lloramos, pero no sin consuelo: la fe cristiana nos lo sugiere y proporciona. ¿Qué fuera del pobre desterrado del paraíso, si

¹ 2 Petr. 1, 19.

la fe no acudiera en su socorro? No hablemos ya de las espinas de que está sembrado todo el camino de nuestra peregrinación por este mundo: dolores y fatigas de alma y cuerpo son el precio del vivir, de suerte que, quien disfruta de la vida, no puede ser sino á costa de diario padecer y de ver aumentada progresivamente la suma de los padecimientos. Limitemos nuestras reflexiones al solo dolor de la partida de este mundo, de la pérdida de la vida temporal tan tiernamente amada, al golpe de esa muerte, cuyo solo recuerdo nos sobresalta, y cuya infalible certeza nos agua las dulzuras de la vida. Sí, cristianos, la naturaleza humana no puede menos de consternarse y abatirse á la proximidad inevitable de aquel tremendo golpe que nos ha de reducir á polvo, arrebatándonos todo lo que aquí nos es querido, bienes, honores, amigos, familia, patria, todo, hasta el último aliento. ¡Oh muerte! ¡qué triste y sombría es tu memoria! Por eso se esquivo, hasta donde es posible, su descarnada imagen; pero ¿quién no la encuentra en todas partes? ¿Dónde no se lamentan sus crueldades, sus traiciones, sus horribles estragos? Así lloraban las piadosas hermanas Marta y María la súbita muerte de su hermano Lázaro, el amigo de Jesús; mas he aquí que, llegando el Salvador á las puertas de Betania, todo cambia de semblante, huye el dolor, enjúganse las lágrimas, porque Jesucristo ha dicho, como sólo Él puede decirlo: *Aquí me tenéis: Yo soy resurrección y vida: resucitará vuestro hermano*¹. ¡Oh palabra de infinita virtud para aliviar nuestras tristezas! Cristo resucitado al tercer día, nos resucitará también á todos en el último día de los tiempos. ¿Qué nos im-

¹ Io. 11, 25.

porta la corrupción y el polvo del sepulcro? El tiempo, por largo que sea, también corre á largos pasos: sólo la eternidad es inmóvil y duradera. Y, cuando esta esperanza de vida eterna no fuera bastante para disipar todas las nieblas de nuestro espíritu, por parecernos muy lejano el día de su realización; ¿cómo no bastará para alegrar nuestro corazón, la perspectiva del cambio felicísimo de una vida tan amarga y miserable por otra exenta de toda sombra de pesar y henchida de placer? Pues he aquí lo que viene á ser ese aterrador fantasma de la muerte, según la doctrina de la fe cristiana: un tránsito á mejor vida, á vida incomparablemente más feliz; destrucción de la casa de barro de nuestro cuerpo para ir á habitar otro palacio celestial que no será jamás derruido¹.

9. Mas porque, como dejamos dicho, la vida cristiana es un misterio, he aquí que todos los consuelos de la fe más robusta y de la esperanza más firme en los inmensos bienes de ultratumba no sólo no bastan para hacernos insensibles á los duros trabajos de la presente vida, lo cual conviene á nuestro mérito, sino que (no os parezca esto increíble) acrecientan en cierto modo y exacerban la agudeza de nuestro dolor. ¿Por qué, cristianos, por qué desarrollan en nuestras almas aquella dulce pero tristísima nostalgia del cielo, que, haciéndonos suspirar de continuo por la felicidad verdadera de la Patria, nos acibara todos los mezquinos gustos del destierro? No experimentan esta clase de tristuras aquellas pobres almas ciegas para lo que dista algo más de un palmo de sus ojos, que no creen, ó miran con glacial indiferencia el dogma consolador de

¹ Præf. defunct. pro aliq. loc.

la eternidad de la bienaventuranza; pero aun estas almas desgraciadas, heridas á cada paso por las espinas de los desengaños, cavando siempre más hondamente en el vacío de la nada de los terrenos bienes, no pueden ocultarse á sí mismas los suspiros que se les escapan del pecho en pos de aquella misma felicidad que insensatas rechazan. Por lo que hace á los creyentes, mayormente á aquellos en quienes la fe es práctica y produce abundante fruto de virtudes cristianas, oídlas exclamar todos los días: *¡Ay de mí! ¡cuánto se prolonga mi destierro!*¹ *He peregrinado ya bastante por el desierto de la vida terrestre.... ¿Cuándo llegaré al fin de mi penoso viaje? ¿Cuándo compareceré delante del rostro de mi Dios?*² Así suspiran deliciosamente estas almas, tanto más atormentadas por la ausencia del Bien Sumo, cuanto más firmes y acendradas en la fe de los futuros bienes. ¡He ahí una mezcla misteriosa de dolor y de placer! ¡He ahí la vida cristiana, semejante á la Soledad de María!

10. Sube de punto este dulce martirio, y esta mirra deliciosa se depura tanto más cuanto más sube en las almas la llama divina de la caridad; porque, así como el amor fué el cuchillo de María, así lo es de las almas extraordinarias, escogidas por Dios para aquella perfección altísima que se elabora en el crisol de la contemplación. Aquí debemos suspender el discurso los profanos en esta ciencia del espíritu, la más alta entre las mismas que, por su objeto, llevan el nombre de divinas. ¿Qué podremos entender nosotros de aquellas operaciones enteramente misteriosas del Espíritu Santo en almas depuradas de toda escoria de amor propio,

¹ Ps. 119, 5

² Ps. 41, 3.

muertas totalmente á sí mismas y vivas sólo para Dios? Éstas son aquellas de que el mundo no es digno, y cuyo entretenimiento está más bien en el cielo con los ángeles que en la tierra con los míseros mortales. Ellas solas podrían declararnos algo de aquella vida escondida y mística, llena de fruiciones y deleites á los que no pueden igualar todos los del sentido ni todos los goces de orden natural, y saturada al mismo tiempo de amarguras amarguísimas que penetran en lo más recóndito del espíritu, sin turbarles, no obstante, la paz de que disfrutan¹. Ellas podrían revelarnos lo que sienten en aquellos éxtasis y arrobamientos, qué heridas les hacen aquellas misteriosas saetas y dardos que les dispara el celestial Esposo, heridas ¡ay! incurables, pero que, siendo de amor tan regalado, no las cambiarían ellas por ningún tesoro de la tierra.... Tal es, á nuestro tosco modo de entender, la misteriosa vida espiritual en su grado más perfecto.

11. Ninguna otra retrata más al vivo ó, diré mejor, nos permite rastrear algo del dolor misterioso de la Soledad de María. ¡Oh éxtasis inefable aquel en que permaneció abismada la Sagrada Virgen durante las horas que siguieron á la muerte del Señor! No creáis que María estaba inerte y aletargada en su pesar: su cuerpo está como adormecido, pero su corazón está en vela². Levantemos, como ella, nuestro corazón al cielo, cuando el dolor nos oprima con su enorme peso, y esperemos tranquilos, como ella, el día clarísimo de nuestra final resurrección. Así sea.

¹ Is. 38, 17.

² Cant. 5, 2.

PANEGÍRICO DE LA ASUNCIÓN DE MARÍA

(predicado en la catedral de Popayán, 1893).

Gloria completa de María por la incorrupción de su cuerpo.

Nec dabis sanctum tuum videre corruptionem.
Ps. 15, 10.

I. La gloria de los bienaventurados en el cielo, queridos hermanos en Nuestro Señor Jesucristo, no podrá ser completa hasta el día de la resurrección de toda carne. Por más que sea cierto, según la definición de la Iglesia¹, que las almas de los justos, una vez purificadas en el purgatorio, si lo han menester, de toda mancha de pecado, suben inmediatamente á las mansiones de la eterna bienaventuranza á ver á Dios en sí mismo y gozarle sin tasa ni medida²; eso no impide asegurar que, aun en medio de aquel goce que excede á todo pensamiento y cálculo, algo falta todavía á las almas separadas del cuerpo, para que su felicidad y su alegría sean llenas, y no les quede ya nada que desear. Y, aunque esto parezca contradicción ó paradoja, no lo es, oyentes míos, si se atiende á que el hombre, compuesto esencialmente de alma y cuerpo, no puede alcanzar la felicidad suprema y definitiva con sola la gloria de las potencias espirituales, sino que necesita, á lo menos según la natural exigencia, la glorificación de los sentidos, la posesión de todo bien en alma y cuerpo; pues no es menos que todo esto lo que abraza el concepto adecuado de bienaventuranza: *status omnium bonorum aggregatione perfectus*³. Es menester que allí sean inun-

¹ Const. Benedicti XII «Benedictus Deus».

² I Io. 3, 2.—Luc. 6, 38. ³ Boëtius.